

La Estética y la Historia del Arte en la enseñanza

LOS bienes espirituales es necesario conquistarlos sistemática y laboriosamente, para que sirvan al progreso social. De los tres encumbrados valores humanos, verdad, bien y belleza, este último fué poco considerado por las autoridades de la «instrucción». No es, empero, la ocasión para decir mal de los hombres de ayer. Es preciso actuar, y toda actuación necesita comprender el pasado, para fundar sano presente y alcanzar benéfico futuro.

La enseñanza de la Estética y de la Historia del Arte tiene importante misión social que cumplir, dado el alto valor educativo que poseen. De ahí que sea oportuno que tales conocimientos lleguen dosificados al mayor número posible de personas en cursos de extensión cultural.

Medida de grande importancia es que la Estética y la Historia del Arte figuren como materia de programa en uno de los cursos superiores del liceo, en el ciclo humanista, y en uno de los Institutos universitarios. El adolescente y el joven están en la edad de los «intereses abstractos» (Ferrière); de modo que se hallan habilitados mentalmente para el estudio provechoso de teorías de linaje filosófico.

La doctrina estética, por tocar uno de los valores más caros y sensibles al hombre, desde las primeras épocas de la historia hasta hoy, la belleza, presenta serias dificultades de índole partidista y, por tanto, anti-científicas. Por otra parte, parejos escollos se observan en casi todas las ciencias filosóficas.

Dos son las doctrinas estéticas que me parecen sumamente

descarriadas de su objeto por estudiar. Ambas germinaron con observaciones empíricas en Grecia y después, en el curso del pensamiento filosófico, han alcanzado el rango de sistemas estéticos.

La primera se debe a Platón y se conoce con el nombre de *moralismo estético*. El arte con su apariencia de falsedad, repugna a la conciencia ética, y la razón, según el más artista de los filósofos, impele a desterrarlo *. Mas como los productos del arte no podían ser expulsados, debían salir los artistas de las repúblicas bien gobernadas.

La segunda doctrina es el *hedonismo estético*. El arte, según esta concepción, es considerado como objeto meramente placentero. No puedo seguir en la exposición histórica—por sucinta que fuese—de semejantes doctrinas, porque me llevaría a recordar muchas de sus manifestaciones posteriores, que son numerosas, aunque rotuladas con diversas etiquetas verbales.

No obstante, indicados someramente los escollos ideológicos, no se debe dejar de lado el estudio detenido de los problemas estéticos. Debo puntualizar, además, que la Estética es ciencia filosófica nueva, aunque se haya escrito mucho sobre la materia que trata. Esta circunstancia, empero, ha de servir de estímulo especial para el ahondamiento en el saber de las teorías formuladas, saber que permitirá la aceptación de ellas o la conveniencia de establecer nuevos modos solutivos.

La Historia del Arte posee, asimismo, gran significación en la cultura de un pueblo. El estudio de las manifestaciones artísticas del pasado y del presente nos sirven para comprender ampliamente el espíritu humano en su anhelo de belleza. La Historia del Arte nos levanta el velo del tiempo y presenta las obras inmortales de los hombres selectos que pasaron y de los que nos son contemporáneos. Se conoce, pues, en los anales de las obras de arte, la belleza en su gesto de vitalidad impercedera.

La ancha difusión que necesitan la Estética y la Historia del

* «República», I, X.

Arte, para nuestra cultura que se inicia, ha de ser dada en el curso sistemático, en el libro sugerente y en la conferencia divulgadora. De otra manera el nuevo movimiento ideológico que comienza seguirá con la marcha tortuguesa del siglo pasado.

Una advertencia de solidaridad intelectual, antes del punto final, a los lectores jóvenes. Tengo para ello tres años de aprendizaje personal en estas disciplinas. Para dedicarse con provecho al estudio de la Estética, particularmente, es indispensable tener conocimientos propedéuticos de psicología y lógica por lo menos. De modo que quien estudie no se sienta desorientado cuando tenga que habérselas con cúmulos de problemas sutiles, presentados por los autores que estudie o consulte.

La mejor iniciación en cualquier distrito del saber es la dada por el profesor competente. Pero entre tanto el libro sirve para ir pensando en las diversas soluciones que pueden tener los problemas culturales.

NORBERTO PINILLA.